
VIA CRUCIS

Repartir estas tareas: Lecturas bíblicas, comentarios, cantos, oraciones y quiénes llevan la cruz y las velas.

Monición Inicial

Cristo recorrió el Camino de la Cruz, y lo sigue recorriendo. Un camino difícil, angustioso, interminable. Pero, desde que Cristo lo recorrió, ese camino se ha hecho para nosotros un camino esperanzado, santificador.

Acompañándole en el Vía crucis queremos adentrarnos también en los misterios dolorosos de tantas y tantas personas que llevan cruces pesadas sobre sus hombros; queremos comulgar con su pasión, que es la pasión de Cristo; queremos, a la vez, pedir, desde la fe y desde el amor, que todos los caminos terminen en la meta de Pascua.

Recorreremos este camino dejándonos guiar por los relatos que, con tanta intensidad y emoción, nos han dejado los evangelistas. Ellos nos transmitieron cómo fueron estos momentos últimos y definitivos en los que Jesús llevó a término la culminación de su gran amor a Dios y a nosotros.

Dispongámonos a seguir el camino de la cruz, con toda la fe y todo el amor. (*Breve silencio*)

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo

*Señor Jesús,
también a nosotros nos repites, esta mañana,
las palabras que dijiste un día a Pedro:
«Sígueme».
Obedeciendo a tu invitación
queremos seguirte, paso a paso,
por el camino de tu Pasión,
para aprender también nosotros
a pensar y a vivir según Dios
y no según los hombres.
Amén.*

Canto: "Pueblo mío..."

PRIMERA ESTACIÓN: "Jesús es condenado a muerte"

Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos,

R. *Que por tu santa cruz redimiste al mundo*

L. 1 *"Entonces el Sumo Sacerdote rasgó sus vestiduras, diciendo: ¡Ha blasfemado! ¿Qué necesidad tenemos aún de testigos! ¿Qué os parece? Y ellos contestaron: Es reo de muerte. (Mt. 26. 65)*

L. 2 Las autoridades religiosas lo condenan por blasfemo, porque se reconoce y dice ser Hijo de Dios.

Las autoridades políticas lo condenan por subversivo y sedicioso, porque se reconoce y dice ser Rey. Y el pueblo lo condena y lo rechaza porque se siente defraudado por Él, y por presión de sus jefes. En realidad, Jesús es condenado por ser fiel a su misión.

Jesús va a sufrir como víctima inocente. Va a dar el supremo testimonio de la verdad que trae a este mundo un reino de vida, sin condenados. Para ello, acepta ser condenado. Él no condena a nadie.

Perdónanos, Señor, por nuestra intolerancia, por nuestra falta de comprensión, por nuestro desánimo. Danos una fe llena de amor para seguir a Jesús, colaborando por conseguir un mundo sin condenados, donde reine tu paz y amor.

Canto: "Perdón, Señor, misericordia"

SEGUNDA ESTACIÓN: “Jesús carga con la cruz”

*Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos,
R. Que por tu santa cruz redimiste al mundo*

“Pilato les entregó a Jesús para que lo crucificaran. Tomaron a Jesús y, cargándole con la cruz, lo sacaron hacia el lugar, llamado Calvario, que en hebreo se dice Gólgota”. (Jn. 19, 16ss.)

La sentencia condena a Jesús a morir en la cruz. Era el castigo más humillante para esclavos, criminales y subversivos. Según la sentencia, el condenado debía llevar su propia cruz. La cruz era instrumento de segregación, de represión y de dominación sobre las personas y sobre el pueblo. Al cargar a Jesús con la cruz, le quitan ante el pueblo su autoridad moral; le están diciendo que es un maldito de Dios que no merece vivir en este pueblo sagrado.

Pero esa cruz demuestra el amor de Dios a este mundo. Bajo la cruz, Jesús es el Mesías-Sufriente cargado con el pecado del mundo, que se pone al frente de los que cargan con la cruz: los humillados y despreciados de la historia.

Sobre Jesús pesan todos los pecados del mundo. Porque es el cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

Perdónanos, Señor, porque hemos pecado contra ti. Nos sentimos parte de aquel pueblo que te crucificó. Perdónanos y ayúdanos a cargar con nuestra responsabilidad, a solidarizarnos con todos los condenados de nuestro mundo, y a seguirte.

Canto: *“Perdón, oh Dios mío”*

TERCERA ESTACIÓN: Jesús cae por primera vez

*Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos,
R. Que por tu santa cruz redimiste al mundo*

“Cristo, a pesar de su condición divina no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y, así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte en cruz”(Fil. 2, 6-8)

Después de la angustia en Getsemaní hasta sudar sangre, después de la interminable noche en las dependencias del Sanedrín, después de las largas horas en el Pretorio y de los castigos y de las burlas, las fuerzas lo abandonan y cae por tierra. Todo podría terminar ahí. Pero aún queda camino, aún falta algo por cumplir. Y se levanta para seguir hasta el final.

Le pesan al Señor nuestras vidas. Le pesan tantas atrocidades contra el hombre. Le pesan nuestras deserciones, nuestro pesimismo, nuestro derrotismo, nuestra falta de fuerzas, y más que de fuerzas, de voluntad para acabar con todo lo que oprime y mortifica a los hombres. No se puede hacer nada, decimos. ¿Hemos intentado nosotros hacer algo para decir eso?

Perdona, Señor, nuestra pasividad, nuestra falta de compromiso y danos fuerzas y ánimo para seguirte con la cruz con más valor y esperanza, ayudando a los demás a caminar contigo.

Canto: *Perdona a tu pueblo, Señor*

CUARTA ESTACIÓN: Jesús se encuentra con su madre

*Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos,
R. Que por tu santa cruz redimiste al mundo*

“Cuando Jesús fue llevado por sus padres al Templo, el anciano Simeón dijo a María, su madre:” Este niño será signo de contradicción. Y a ti misma una espada te atravesará el corazón; así quedarán al descubierto las intenciones de todos”. (Lc. 2,34ss)

La espada que le profetizó el anciano Simeón, significaba lo que iba a sufrir María por causa de su Hijo. Ella vivió de sorpresa en sorpresa a lo largo de su vida. Ahora encuentra a su Hijo destrozado por la cruz, condenado a morir como blasfemo y malvado. Es la prueba mayor para su fe. A estas horas la espada de la cruz le abre el alma a una fe dolorosa y fuerte, en ese Dios en el que ella cree y confía

Este encuentro de María con su Hijo, herido por la cruz, nos lleva a pensar también en esas madres de hijos afectados por la guerra, de hijos perseguidos, presos, drogados, sin porvenir cierto. Esas madres dolorosas tienen en María un modelo de fuerza y esperanza. Ella está siempre a nuestro lado.

Ruega por nosotros, santa Madre de Dios. Consuela y fortalece a tantas madres que sufren por sus hijos. Que la fuerza de tu presencia les ayude a superar el dolor de la herida que hiere su alma.

Canto: *“Madre afligida”*

QUINTA ESTACIÓN: “Simón de Cirene ayuda a Jesús a llevar la cruz”

*Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos,
R. Que por tu santa cruz redimiste al mundo*

“Cuando llevaban a Jesús hacia el Calvario, encontraron a un hombre, llamado Simón, que era de Cirene, y le obligaron a llevar la cruz de Jesús” (Mt. 27, 32)

Era un desconocido y lo hubiera sido siempre, seguramente. Pero la historia ya nunca olvidará ese gesto. Cuando menos lo esperaba, se le complicó la vida. Él venía de trabajar, iba a su casa a descansar, pero las cosas no le salieron conforme a sus deseos. Le obligaron las circunstancias. Él supo, sin embargo, estar a la altura.

Simón creía estar llevando la cruz a un condenado que conducían al calvario a crucificar, sin embargo, se la estaba llevando al mismo Dios. Él no lo sabía entonces. Hoy ya lo sabe, y también nosotros. Ayudó a un condenado a muerte; ayudó a Dios.

Lo que hacemos por los necesitados de un apoyo, de una palabra, de una mirada, de respeto..., lo hacemos con Jesús, lo hacemos con Dios. “Lo que hagáis a uno de éstos, los más pequeños, a mí me lo hacéis”, había dicho un día Jesús.

Perdona, Señor, nuestra falta de fe para descubrirete en el prójimo; en el hermano que sufre, en el hermano necesitado, en el extranjero, en el pobre, en el abandonado.

Canto: *Con vosotros está y no le conocéis.*

SEXTA ESTACIÓN: “La Verónica limpia el rostro de Jesús”

*Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos,
R. Que por tu santa cruz redimiste al mundo*

“Muchos quedaban asustados al verlo, porque su cara estaba tan desfigurada que ya no parecía un ser humano. No tenía apariencia ni presencia. Lo vimos sin belleza, despreciado y evitado por los hombres, como un hombre de dolores ante el cual se ocultan los rostros”.

(Is. 52, 14; 53,2-3)

No lo cuentan los evangelios, pero lo ha recogido la tradición. En medio de tanta traición a Jesús, en medio de tanto odio de escribas y fariseos, en medio de tanta indiferencia y curiosidad malsana, tenía que haber una excepción. Fue una mujer, la Verónica, fuerte y valerosa. Ella limpió el rostro a Jesús y Jesús la obsequia con su imagen, con su rostro, con el rostro de Dios.

Limpiar el rostro herido de Jesús, era limpiar la imagen ensangrentada de Dios. Dios nos revela su rostro herido en los que sufren, en los oprimidos, en los marginados, en los olvidados.

Danos fe para limpiar tu imagen en los rostros desfigurados de las personas. Haz que seamos sensibles y valientes para arriesgarnos en la vida por ti y para manifestar sin vergüenza en esta sociedad nuestra que Tú eres nuestro Dios y nosotros Hijos y seguidores tuyos.

Canto: *“Al atardecer de la vida me examinarán del amor”.*

SÉPTIMA ESTACIÓN: “Jesús cae por segunda vez”

*Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos,
R. Que por tu santa cruz redimiste al mundo*

“Mientras los discípulos dormían, Jesús cayó por el suelo hasta tocar la tierra con su cara, e hizo esta oración:”Padre, si es posible, que se aleje de mi este cáliz, pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Mt.26,39)

“ Fue oprimido y él se humilló; no abrió la boca. Como un cordero era llevado al matadero; fue herido de muerte por el crimen del pueblo” (Is. 53, 6-9)

A pesar de la ayuda del Cireneo, Jesús vuelve a caer. Está profundamente abatido, hasta poner el rostro en tierra. Se siente golpeado en el alma, en su razón de vivir. Lo que ha sido su razón de vivir se le convierte en su razón de morir.

Le faltan las fuerzas. Ya le faltaron también en Getsemaní. Pero no le falta la confianza y el ánimo: “que no se haga mi voluntad, sino la tuya”, pide al Padre. Será el primero en esta tierra que llame “Padre” a Dios. Eso escandalizará a los que no podían tener espíritu de hijos. Por eso lo condenarán como blasfemo. Pero Jesús se pone en pie, a pesar del abatimiento y la angustia, y sigue adelante, hacia el Calvario, hasta la cruz.

A ejemplo de Jesús, hay que seguir adelante, a pesar de las muchas tareas, de los excesivos problemas, de las injusticias que nos desbordan, del miedo. Hay que levantar el espíritu. Hay que actuar y confiar.

Señor, enséñanos a orar como Tú en Getsemaní; enséñanos a ponernos en pie para seguir hasta el fin.

Canto: *Perdona a tu pueblo, Señor*

OCTAVA ESTACIÓN; “Jesús consuela a las piadosas mujeres”

*Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos,
R. Que por tu santa cruz redimiste al mundo*

“Le seguía mucha gente del pueblo y mujeres que se dolían y se lamentaban por él. Jesús se volvió hacia ellas y les dijo: “Hijas de Jerusalén, no lloréis por mi, llorad más bien por vosotras y por vuestros hijos... Porque si esto hacen en el madero verde ¿qué se hará en el seco? (Lc. 23, 27-32)

No sabemos cuántas mujeres le acompañaron. Seguramente pocas, pero fueron un gran consuelo. Hasta el punto de que el consolado se convirtió en su consolador, invitándolas a no resignarse ante lo inevitable, y a luchar por sus hijos y por la humanidad.

No puede dejar de apreciar Jesús, en su alma dolorida, cualquier lágrima que brote de un corazón solitario, de los corazones que gritan justicia y respeto

La pasión de Jesús no es el dolor, sino el amor. La pasión de Dios es la humanidad. Por nosotros se hizo hombre y por nosotros fue crucificado, muerto y sepultado. Cristo dolorido, nos enseña así a compadecernos de la humanidad doliente.

Señor, tú que cargaste con el pecado del mundo, no abandones a tus hijos en la locura de destrucción. Detén la ambición humana y el brazo destructor. Danos ánimos para compartir tu obra salvadora.

Canto: *“Pueblo mío, que te he hecho”*

NOVENA ESTACIÓN: “Jesús cae por tercera vez”

*Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos,
R. Que por tu santa cruz redimiste al mundo*

“Poco después se acercaron los que estaban allí y dijeron a Pedro: Seguro que tú también eres de éstos, pues tu habla te delata.

Entonces él empezó a imprecicar y jurar: No conozco a ese hombre.

Y enseguida el gallo cantó. Pedro se acordó de las palabras de Jesús, que le había advertido: antes de que cante el gallo, me negarás tres veces. Y saliendo afuera lloró amargamente” (Mt. 26. 73-75)

A Jesús le pesaba el odio de los escribas, fariseos y sacerdotes: Le pesaba la ingratitud del pueblo que olvidaba su anterior entusiasmo. Pero le pesaba, quizás más, la deserción de sus discípulos, las negaciones de Pedro, y el aparente abandono de Dios que le llevará a decir horas después: “Dios mío, Dios mío ¿Por qué me has abandonado?”

Sus repetidas caídas muestran su debilidad y sanan la nuestra. Nunca hay causa suficiente para darse por vencidos y abandonarse a la desesperanza. Una mirada a Jesús, caído por tercera vez.

Una mirada de Jesús, nos puede cambiar, como a Pedro. Nunca es tarde para el arrepentimiento.

Señor, ten piedad de nuestras repetidas debilidades y ven en nuestra ayuda. Levántanos de nuestras caídas.

Canto: *Perdona a tu pueblo, Señor*

DÉCIMA ESTACIÓN: “Jesús es despojado de sus vestiduras”

*Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos,
R. Que por tu santa cruz redimiste al mundo*

Los soldados cogieron su ropa e hicieron con ella cuatro partes, una para cada uno. Cogieron también la túnica. La túnica era sin costura, de una pieza, tejida de arriba a abajo. Por eso dijeron: “no la rompamos, echemos a suertes a ver a quién toca”. Para que se cumpla la Escritura que decía:” Se repartieron mis vestiduras y echaron a suertes mi túnica”. (Jn. 19, 23-24)

Al que iba a ser crucificado lo desnudaban. Era un rito oficial de degradación y deshonra pública. Despojarlo de sus ropas era quitarle oficialmente ante el pueblo su dignidad y todos sus derechos.

Jesús es el gran despojado. Siendo Dios, “se despojó de su rango y se hizo un hombre cualquiera”, nos dice San Pablo. Al final queda despojado también de su dignidad humana. Es el despojado.

El despojo, el expolio no ha terminado. Sigue hasta nuestros días. Porque sigue la violación a los derechos humanos, los ultrajes a la dignidad humana. Se despoja a personas y se despoja a países. Son la imagen, ante nosotros, de Cristo despojado.

Perdón, Señor, que nunca renunciemos a nuestra dignidad de hijos; que nunca toleremos los atentados contra la dignidad humana.

Canto: “*Salvator mundi, sálvame*”

UNDÉCIMA ESTACIÓN: “Jesús es clavado en la cruz”

*Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos,
R. Que por tu santa cruz redimiste al mundo*

“Llevaron también a otros dos criminales para ser ejecutados con él. Cuando llegaron al sitio llamado Calvario, lo crucificaron allí, y también a los criminales, uno a la derecha y el otro a la izquierda” (Lc. 23, 32-34)

La crucifixión era una muerte infame y dolorosa. Clavado de pies y manos, inmóvil, retorcido de dolor, ante la mirada curiosa y hostil de muchos, el crucificado agonizaba durante horas.

Hoy hemos convertido la cruz en un honor, una condecoración. Demasiadas condecoraciones en un mundo que, por otra parte, sigue crucificando a millones de seres humanos. Unos se llevan los honores, otros cargan con las consecuencias de las guerras, la explotación, la violencia, la intolerancia y la discriminación.

Jesús en su tortura y debilidad va a ser más fuerte que los torturadores que lo clavan en la cruz. El evangelio proclama su entereza y dignidad en sus últimos momentos de dolor al rechazar el bálsamo que le ofrecían. El vino mezclado con mirra llevaba al crucificado a no sentir sus dolores. Jesús no lo bebe; quiere entregar su vida con lucidez, conscientemente.

Señor, no queremos más cruz que la tuya, la de servir, la de ayudar, la de amar a todos sin distinción.

Canto: “*Oh Dios, por qué me has abandonado*”

DUODÉCIMA ESTACIÓN: “Jesús muere en la cruz”

*Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos,
R. Que por tu santa cruz redimiste al mundo*

“Hacia mediodía las tinieblas cubrieron toda la región hasta las tres de la tarde. El sol se oscureció, y el velo del Templo se rasgó por medio. Entonces Jesús lanzó un grito y dijo: “Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu”. Y, dicho esto, expiró”. (Lc. 23, 44-46)

El que anunciaba la vida nueva del Reino de Dios, muere en la cruz. Lo matan, lo ejecutan como a un subversivo blasfemo. Esa clase de muerte presenta a Jesús como un farsante sin Dios. Si Dios es su Padre que lo libere, que baje de la cruz y creerán en él. Dios-Padre calla. Es la máxima prueba para Jesús. Pero en el silencio del Padre y en la muerte de Jesús se esconde y se revela el Dios amor. Amor sin dimisión, hasta el extremo.

Cristo murió para que no tengamos que doblegarnos nosotros al poder de la muerte. Muriendo dio muerte a la muerte. Cautivándose en la muerte llevó cautiva la cautividad.

La muerte sigue siendo un misterio. Pero una cosa queda clara ante el crucificado: el amor está por encima del dolor. En ese amor de Cristo hasta el fin está la posibilidad de la redención del hombre.

Señor, por tu Hijo sabemos que tu fuerza es el amor que sufre en los que sufren. Danos valor para luchar contra el sufrimiento que te hace sufrir en este mundo.

Canto: *“Victoria tú reinarás”*

DÉCIMOTERCERA ESTACIÓN: “Jesús es bajado de la cruz y puesto en los brazos de su madre”.

*Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos,
R. Que por tu santa cruz redimiste al mundo*

“Junto a la cruz de Jesús estaba su madre...Al verla a ella y, junto a ella, al discípulo que tanto amaba, dijo a su madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo...Y dijo al discípulo: ahí tienes a tu madre...”

Al anocheecer, llegó un hombre rico de Arimatea, llamado José, que también había sido discípulo de Jesús. Fue a Pilato a pedir el cuerpo de Jesús. Entonces Pilato mandó que se lo dieran. Y José, tomando el cuerpo de Jesús, lo envolvió en una sábana limpia” (Jn. 19, 26-29-Mt.27, 57-59)

Tenía unos 33 años; estaba en la plena vitalidad de su vida de hombre. Ella debía tener alrededor de los 50; estaba fuerte aún. Un día, en Belén, María había recibido en sus brazos a Jesús niño, lleno de vida. Hoy, en Jerusalén, recibe a Jesús hombre, muerto, desfigurado, frío...Fuera de la ciudad nació; fuera de la ciudad muere.

Jesús corona su misión muriendo en la cruz; María corona la suya recibiendo en sus brazos a Jesús muerto. Es la madre del Niño en Belén y es la madre del Crucificado en Jerusalén. Es la madre de la nueva vida que nace de esa muerte.

En la cruz, Jesús entregó su vida y entregó su Espíritu. Junto a la cruz, María nos entrega, por medio de Jesús, su maternidad, su don de madre. “Hijo, ahí tienes a tu madre”. María es la Mujer Dolorosa, pero también es la Madre del Amor, cariñosa, acogedora...

Señor, haz que la fortaleza y el valor de tu Madre sea apoyo y esperanza para nosotros y para todas las madres que sienten separarse de ellas a sus hijos.

Canto: *Sálvame, Virgen María*

DÉCIMA CUARTA ESTACIÓN: “Jesús es colocado en el sepulcro”.

*Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos,
R. Que por tu santa cruz redimiste al mundo*

“José y Nicodemo cogieron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en vendas, con los perfumes, según es costumbre enterrar entre los judíos. Había un jardín en el sitio donde lo crucificaron, y en el jardín un sepulcro nuevo, en el que nadie había sido enterrado todavía. Allí, por estar cerca, pusieron a Jesús”. “Luego, hicieron rodar una gran piedra hasta la entrada del sepulcro y se fueron” (Juan 19, 40ss. y Mt. 27, 60))

Colocan el cuerpo de Jesús en el sepulcro y lo cierran con una gran piedra. Los discípulos rinden el último homenaje al cuerpo del maestro ajusticiado. Allí quedan también encerradas sus ilusiones y sus esperanzas. “Nosotros esperábamos, dirán los de Emaús. También ellos piensan que todo ha terminado. Ya no hay razón para la esperanza.

Pero no es así. El vía crucis no termina en la cruz o en el sepulcro. En el sepulcro queda para siempre la muerte y el odio. Pero triunfa la vida y el amor.

El sepulcro es el lugar donde los poderes de este mundo creen alcanzar dominio absoluto sobre los enemigos. Piensan que con enterrarlos, ya todo se acaba. Pero el sepulcro de Jesús es nuevo y está en un huerto o jardín que, en la Biblia, es el lugar de la vida. Los que, como Jesús y con él, son sepultados, pasan al Padre a recibir vida plena. Son las semillas que, al ser enterradas, rompen la tierra y crecen.

Señor Jesús, tú que eres el camino, la verdad y la vida, ilumina y guía nuestros pasos para que nos preparemos dignamente al encuentro final contigo. Ayúdanos, Señor, por los méritos de tu pasión y muerte, a vivir para ti y a morir contigo para acceder a la Vida Eterna que tu nos das.

Canto

DÉCIMA QUINTA ESTACIÓN: “Jesús resucita de entre los muertos”

*Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos,
R. Que por tu santa cruz redimiste al mundo*

“El primer día de la semana, muy de mañana, fueron al sepulcro María Magdalena y la otra María. Al entrar, vieron a un joven vestido de blanco y se asustaron. Pero él les dijo:”No os asustéis. ¿Buscáis a Jesús Nazareno, el crucificado? No está aquí. Ha resucitado. Mirad el lugar donde lo pusieron. Id a decir a sus discípulos y a Pedro, que irá delante de vosotros a Galilea; allí lo veréis, como os había dicho” (Mc. 16, 2-7)

En todos los cementerios, en todas las tumbas aparece siempre la misma leyenda: aquí yace..., aquí reposa..., aquí está...En la tumba de Cristo hay un grito de esperanza: aquí no está. La tumba vacía es el apoyo más firme para la resistencia a creer. Pero la única razón es que Cristo vive. Nos lo han contado quienes lo vieron.

Y quien resucita es precisamente el crucificado, el despojado, el torturado. Porque él resucita, la esperanza entra en los corazones y cambia el sentido de las cosas, aumenta el gozo de vivir, fortalece para la lucha contra la desesperación y el dolor.

Porque sabemos que, si él ha resucitado, también nosotros resucitaremos.

Gracias, Padre, por la resurrección de tu Hijo crucificado; aumenta nuestra fe y valor para que podamos ser siempre y, en todas partes, fuerza de resurrección.

Monición final

Terminemos nuestra contemplación del camino de Jesús con una afirmación de fe: El camino de la cruz es camino de luz y guía para la humanidad entera... El camino de la cruz no termina en la cruz. En la cruz, a pesar de las apariencias, triunfa la vida sobre la muerte. La cruz de Jesús nos salva; es el lugar de la resurrección. Mañana por la noche escucharemos la gran noticia. Vendremos al sepulcro y nos dirán: No busquéis entre los muertos al que vive, no está aquí. ¡Ha resucitado!

Canto : Victoria, tú reinarás.

Padre nuestro

Oremos:

Que tu bendición, Señor y Padre nuestro, descienda con abundancia sobre nosotros que hemos contemplado el camino de la cruz de tu Hijo con la esperanza de su Santa resurrección.

Te damos gracias por el inmenso amor que nos has mostrado entregándote a la muerte. Te pedimos que nos concedas tu perdón, tu misericordia, tu fuerza y tu amor, para que aprendamos a seguirte, cada día, toda nuestra vida. Acrecienta nuestra fe, y consolida en tu pueblo la redención eterna. Por Jesucristo nuestro Señor JC. Amén.